

Resumen de este capítulo. — El siglo xvi es una época de transición. Las instituciones de la edad media desaparecen y la moderna principia, operándose profundo cambio en las ideas, al paso que los espíritus procuran abrirse nueva vía en la literatura, las artes y las ciencias.

I. Lo que facilitó ese desarrollo intelectual fué el descubrimiento de la imprenta, que se debe al alemán Juan Gutenberg (1436). Ese invento fué perfeccionado por Schæffer de Gernsheim, qui ideó la fundición de letra (1442), ó sea el arte de multiplicarla rápidamente. El papel de trapo, descubierto poco tiempo antes, completa esas maravillosas adquisiciones, y desde entonces se pueden extender fácilmente los medios de instruirse, gracias al aumento de los libros.

II. Ese descubrimiento coincidió con la toma de Constantinopla, que obligó á los griegos á abandonar su patria, buscando un refugio en la Europa occidental. Traen con ellos sus obras maestras y reaniman, particularmente en Italia, el gusto por las cosas de la antigüedad. Gracias á la acción inmediata de los sumos pontífices, Italia se pone entonces al frente del movimiento intelectual. El siglo xv es para ella época de estudio y de erudición filológica; entonces es cuando se forma su lengua nacional bajo la influencia del Dante, de Petrarca y de los Médicis. En el siglo xvi llega su literatura al más alto grado de esplendor; esa es la época de León X, y todos los géneros literarios en prosa y verso son cultivados con verdadero éxito. El Taso, Ariosto, Maquiavelo, he ahí los grandes genios de entonces. Bramante crea por decirlo así en las artes un género nuevo; Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Angel constituyen la gloria de la escultura, de la pintura y de la arquitectura moderna, y su influencia hace surgir grandes escuelas artísticas. Las ciencias se transforman bajo el impulso del genio de Copérnico, de Galileo, de Tycho-Brahe y de Képler. Tal vez no ha habido época alguna tan fecunda en grandes talentos. Desgraciadamente, á la vez que aplaudimos los progresos honra del espíritu humano, no podemos menos de lamentar que ese contacto con la antigüedad pagana fuera á menudo funesto á la fey que hasta las tendencias gentílicas entraran en las costumbres; lo que preparó á fuerza de monstruosos desórdenes los triunfos del protestantismo.

III. Esas ideas pasan de Italia á Flandes, Alemania y Francia. En Flandes las representan Erasmo, el primer literato de su época y los Van Eyck, que hacen realizar al arte los mayores progresos gracias al descubrimiento de la pintura al óleo. Alemania se gloria de dar vida á Durer, que perfecciona el grabado, y á Copérnico, que descubre el sistema del mundo.

IV. En Francia, Luis XII y Francisco I favorecen el Renacimiento, llamando á su lado á los más distinguidos artistas italianos. Los fortines y torreones góticos fueron reemplazados entonces por suntuosas moradas construídas con arreglo al estilo antiguo. Fontainebleau, San Germán, Chambord y Chenonceaux son los principales edificios que los reyes de Francia hicieron construir en esa época. Pedro Lescot fué encargado por Francisco I de construir el Louvre, y poco tiempo después Catalina de Médicis hizo edificar las Tullerías por Filiberto Delorme. Al

mismo tiempo las letras eran cultivadas con mucho entusiasmo. Clemente Marot, Margarita de Navarra y Rabelais son los primeros escritores franceses de ese período. Lo que antes se ha dicho de la literatura italiana se aplica también á la francesa. El sensualismo más abyecto la degrada; todas las principales producciones á que aludimos son heréticas ó inmorales. La fe se ha extinguido en las almas; las costumbres se han alterado profundamente, y no debemos extrañar que en una sociedad minada al mismo tiempo por la irreligión y la inmoralidad, los innovadores hagan aceptar tan fácilmente su nuevo símbolo, que liberta al hombre de todo yugo y que le permite entregarse sin freno á sus malas pasiones.

CAPÍTULO XXVII.

LA REFORMA EN SUIZA, EN ALEMANIA Y EN LOS ESTADOS ESCANDINAVOS. ZUINGLIO Y LUTERO; PAZ DE AUGSBURGO. CALVINO EN GINEBRA (1).

El protestantismo constituye el acontecimiento más trascendental de los tiempos modernos. En la Iglesia se habían introducido grandes abusos y, según lo escribe Bossuet, desde siglos atrás se deseaba la reforma en la disciplina eclesiástica. Los mejores talentos habían previsto que si no se reformaba pronto el clero, sobre todo en Alemania, estallarían graves desórdenes. Un monje sajón, Lutero, fué el innovador que excitó ese terrible incendio. Sus doctrinas dividieron á Alemania en dos campos, y la mayor parte de los Estados septentrionales de esa región se separaron de la Iglesia romana. El protestantismo pasó de Alemania á los países del Norte, donde debió á la protección de los príncipes, lo mismo que en su punto de origen, todos sus progresos. Federico I^o y Cristián III lo introdujeron violentamente en Dinamarca y Noruega; Gustavo Wasa abusó del título de libertador que le otorgó la Suecia reconocida, para propagarlo en su reino; Prusia y Livonia vieron sacrificada su fe á los intereses y á la ambición de los grandes maestros que las gobernaban. Pero en Suecia los innovadores aprovecharon la división de ese país, y sus triunfos fueron alcanzados con ayuda de la desenfrenada licencia del pueblo.

§ I. — De la reforma en Suiza. Zuinglio. Calvino en Ginebra.

Estado de Suiza antes de la reforma. — Á principios del siglo xvi, Suiza había dejado de ser

(1) AUTORES QUE CONSULTAR: Bossuet, *Historia de las variaciones*; Audin, *Historia de Lutero é Historia de Calvino*; Lutero, *Memorias y Obras*; Muller, *Historia universal*; Sleidan, *De statu religionis et reip. german.*; Sponde, *Anales*; Th. Moore, *Viaje de un gentilhomme irlandés en busca de la verdad*; y todas las historias generales de la Iglesia.

aquella nación fuerte y unida que conquistara su libertad, arrancándola á la Alemania con la punta de su espada. Dividida en varios cantones, que no estaban unidos entre sí por ningún lazo, veía á gran parte de sus hijos vender indiferentemente su sangre á la Francia, el Austria y la Italia, y perder sus buenas costumbres en la licencia de los campamentos. Todo se vendía en esa nación, y el pueblo, embrutecido por el vicio y la ignorancia, no conocía más que la disolución y el lucro.

Predicación de Zuinglio (1516-1519). — Como un monje franciscano, Bernardino Samsón, hubiese recibido el encargo de predicar las indulgencias á esas poblaciones corrompidas, Ulrico Zuinglio, natural de Wildshausen, del Toggenburgo, donde nació en el año 1484, y que á la sazón era cura de Glaris, se alzó contra el predicador y su doctrina (1516). Ese fogoso innovador declamaba desde hacía mucho tiempo ya contra los escolásticos, ponderando á Platón y á los genios de Roma y de Atenas, en detrimento de los escritores eclesiásticos. Llegó hasta proponer, antes que Lutero, que la Santa Escritura fuera la única regla de fe que siguiesen los cristianos. Como su audacia fué coronada por el éxito, no tardó en hablar contra las ceremonias exteriores del culto, negando la eficacia de los sacramentos y la presencia real, no admitiendo el purgatorio, el celibato eclesiástico ni la devoción de los santos. Desde Glaris pasó á difundir por toda la región de l'Ermitage los primeros gérmenes de sus errores, encaminándose luego á Zurich, de donde llamaban. Allí predicó públicamente su nuevo símbolo, el 1.º de enero de 1519, y los habitantes se dejaron arrastrar por su palabra. Su religión no tardó en tener en otras ciudades ardientes apóstoles. Berna, Basilea, Coire, Bienne, Ginebra y Neufchâtel poseyeron sus nuevos predicadores. OEcólampade se hizo famoso en Basilea, y Farel se distinguió en el país de Ginebra; pero todos obtuvieron grandes triunfos.

Divisiones producidas por esas predicaciones (1521-1529). — Todas esas predicaciones no sirvieron más que para sembrar la confusión y la inquietud en el seno de aquellas poblaciones engañadas.

Los sectarios se divertían destruyendo cruces, profanando las imágenes y reduciendo á polvo las obras maestras del arte cristiano. Los cantones de Lucerna, de Uri, de Schwytz y de Unterwalden, que permanecieron católicos, se llenaron de indignación en presencia de aquellos horrores. En Soleure y en Friburgo se prohibió toda predicación. Algunos cantones, como los de Glaris y de Appenzel, se dividieron, repartiendo su población casi por mitad en protestantes y católicos. Hubo pueblos que, después de ser engañados por las falaces promesas de los innovadores, volvieron á la fe de sus padres; en otros, los reformadores recurrían á la violencia para establecer su doctrina. Fué aquello la más horrible de las anarquías. Para colmo de desventura, los anabaptistas, apoyándose en los principios de los reformadores, vinieron á añadir á tantos excesos sus crímenes y sus furores.

Primera guerra de religión en Suiza (1529-1531). — Los partidarios de Zuinglio condenaron á aquellos fanáticos, que se permitían el asesinato y el adulterio, y dieron ejemplo de intolerancia, destruyéndolos sin piedad. Pero á la vez que perseguían á esos infelices anabaptistas, no cesaban en su rabia contra los católicos. Tantas agresiones repetidas produjeron duras represalias, y los espíritus se exaltaron hasta el punto de que ya no fué posible evitar una ruptura á mano armada. Los de Zurich fueron los primeros en reclamar la lucha; los habitantes de Berna hubiesen preferido la paz, pero, arrastrados por los demás reformados, se prepararon igualmente al combate. Los cinco cantones católicos, Lucerna, Uri, Schwytz, Unterwalden y Zug, viendo hollados sus derechos, recurrieron también á la espada. Los protestantes, más numerosos, pero menos disciplinados, quedaron vencidos, y entre los muertos de la batalla se halló á Zuinglio y á veintiseis miembros del gran consejo de Zurich. En el primer ardor del combate, los católicos mancharon su triunfo con excesos culpables; pero luego se mostraron humanos, y concedieron paz generosa á los vencidos.

Calvino. — Pero después de la muerte de Zuinglio apareció Juan Calvino, oriundo de Noyón, é hijo de

padres plebeyos. La noble familia de los Mommer había costeado su educación, mandándolo desde muy joven á París para que recibiese allí las lecciones del célebre Aleandro. Sus rápidos éxitos le valieron diversos beneficios; pero, á medida que crecía, olvidaba los servicios recibidos de sus bienhechores y se apartaba de la fe de sus padres. Leía á escondidas los folletos de Melancton y los libros de Lutero, y se burlaba en secreto del ayuno, de la abstinencia y de las leyes de la Iglesia, trabando amistad con gentes sospechosas. Así fué que no vaciló en relacionarse con Farel, Zuinglio, OEcólampade y Haller. Abandonó á París para ir á estudiar en Orleans, y desde allí se encaminó á Bourges para oír al célebre Alciati de Milán, y al germano Melchior Wolmar, que Francisco I logró llevar á Francia, para difundir en esa nación el gusto por la antigüedad. En todas partes fué Calvino despreciado, á causa de su mala índole y de su cobarde tendencia á delatar. Casi no intimó más que con el voluptuoso Teodoro de Bèze, que más tarde debía asociarse á sus grandes trabajos.

Calvino salió de Bourges para ir á París á empezar sus predicaciones en 1522. Por de pronto lo efectuó secretamente en la tienda de un luterano ardiente, Esteban de la Forge. Allí hablaba contra el papa, los monjes, los obispos y los sacerdotes romanos. Sus discursos gustaban y su secta alcanzó proporciones que nunca esperara. Sus partidarios, animados por ardentísimo celo, se extendían por todas partes con objeto de reclutar nuevos adeptos. Las primeras turbulencias estallaron en la diócesis de Meaux, á donde el obispo Briçonnet llamara, sin conocerlos, á Guillermo Farel y otros dos sectarios, para confiarles cátedras públicas.

Viendo Calvino que sus discípulos eran perseguidos por el poder, no se atrevió á defenderlos abiertamente. Limitóse á publicar su comentario sobre el tratado de Séneca *De clementia*, y mereció el aplauso de Bucer, de Capito y de OEcólampade, haciendo indirectamente la sátira de los enemigos de los innovadores. No sintiéndose seguro en París, se refugió en Nerac, junto á Margarita de Navarra, é hizo prosélitos en el Angou-

mois y la Saintonge, empezando á reunir, en la casa de un canónigo llamado Luis du Tillet, los materiales para su libro de la *Institución cristiana*. El objeto de esa obra era unir á todos sus discípulos en una fe común, trazándoles sus creencias, é indicándoles las prácticas á que debían someterse. Como Francisco I rehusara á Calvino un priorato que éste solicitaba, el hereje furioso juró acumular en su escrito hiel y veneno suficientes para que se hablase de él aun quinientos años más tarde.

Del libro sobre la Institución cristiana. — Y cumplió su promesa. Como la persecución lo obligara á desterrarse, acabó de componer su libro en Basilea, y lo lanzó como tea inflamada en medio del mundo cristiano (1536). En esa obra enseña Calvino, según lo hiciera igualmente Lutero, que el hombre no es libre: luego añade que la predestinación y la reprobación son absolutas, y que todo hombre se condena ó se salva necesariamente. De ese modo llega al más riguroso fatalismo. Quiere que el justo esté seguro de su salvación y que nada quebrante su confianza; dice que la justicia es imperdible y que nadie puede caer del estado de gracia en el de pecado. Lutero admite tres sacramentos; Calvino sólo dos, el bautismo y la cena. Lutero no se atreve á negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; Calvino no admite, con Zuinglio, más que una presencia figurada, pero añade que en la comunión se recibe, mediante la fe, el cuerpo y la sangre de Jesucristo; Lutero no despoja de toda pompa el culto externo, mientras Calvino condena los cuadros y las imágenes como supersticiones paganas. Condenó las fiestas, el culto de los santos y la oración por los muertos. Finalmente, Lutero no ataca la jerarquía de la Iglesia, al paso que Calvino rechaza el episcopado y funda el presbiterianismo.

Calvino en Ginebra. — Ese libro era nuevo fermento de discordia en el seno mismo del bando protestante. Calvino trató de propagar su doctrina en varias partes, y acabó por establecerse en Ginebra, ciudad que encontró dividida en tres partidos, los católicos, los *eignoss* ó confederados, que se habían separado de los católicos para hacerse independientes, y

por último los protestantes, que siguiendo los consejos de Farel, se mostraban dispuestos á seguir las inspiraciones de Calvino.

El innovador empezó por atacar con igual violencia á los católicos y *eignoss* (hugonotes), á quienes llamaba libertinos porque se negaban á creer en su palabra, y afectó al mismo tiempo gran austeridad exterior. Quería que los establecimientos de bebidas quedasen desocupados al caer el día, que las tabernas estuviesen cerradas durante el servicio divino, é impuso multas por las faltas más insignificantes.

Los hugonotes se alzaron contra esas despóticas exigencias, y Calvino tuvo que abandonar la ciudad de Ginebra, retirándose á Estrasburgo (1538), donde se casó con la viuda de un anabaptista, Iddeletta de Bures. Después se presentó en las asambleas de Francfort, de Haguenau, de Worms y de Ratisbona, pero su palabra palideció al lado de la de Melancton, y tal vez no hubiera ejercido influencia alguna en la reforma de no llamarlo sus partidarios á Ginebra.

Constitución de la Iglesia de Ginebra. — Al volver á Ginebra, Calvino sometió su Iglesia á violenta disciplina, que prueba cuán poco se había moderado su carácter en los sufrimientos del destierro. Estableció pastores ó ministros, doctores, mayores ó padres y diáconos. Esa jerarquía la colocó en la dependencia de un *consistorio*, que era una especie de tribunal compuesto de seis pastores y doce mayores ó padres. El consistorio debía velar por la conservación de las buenas costumbres y de la sana doctrina. Calvino denunciaba al consejo los delitos de que tenía noticia, formando así una inquisición tanto más vejatoria cuanto que su acción era oculta.

El reformador promulgó una legislación draconiana que castigaba la falta más pequeña con penas severísimas, y que confundía torpemente los intereses de la Iglesia con los del Estado. Así por ejemplo, las cuestiones religiosas eran asimiladas á las sociales, y era crimen de lesa majestad divina y humana ponerse en oposición con Calvino. Santiago Gruet perdió la cabeza por haber escrito libros impíos y versos libertinos; Miguel Servet fué arrestado y quemado vivo en Gine-

bra por haber atacado el misterio de la Santísima Trinidad en un libro; y Bolzet marchó al destierro por haber pensado de distinta manera que Calvino acerca de la predestinación y el mérito de las buenas acciones.

Calvino, gracias á su influencia en el consistorio y el consejo, impuso tiránicamente su voluntad á toda Ginebra, y transformó el gobierno de esa ciudad en el teocrático absoluto á que estuvo subyugada parte de la humanidad antes del advenimiento de Cristo.

De la influencia de Ginebra. — El establecimiento de Calvino en Ginebra hizo de esa ciudad un centro de activa propaganda, que fué para la Europa occidental lo que Wittemberg había sido en Alemania para las doctrinas de Lutero. El reformador ofreció asilo en dicha ciudad á todos los protestantes perseguidos en los demás países, y Ginebra se llenó de italianos, ingleses, españoles, franceses y flamencos.

Como la mayor parte de esos emigrados eran hombres instruídos, Calvino los convirtió en auxiliares para la propagación de sus doctrinas. Encargaba á los más inteligentes de componer folletos en prosa y verso contra el papa y la Iglesia romana; á otros los empleaba en las imprentas que había establecido para multiplicar sus obras y las de los restantes reformadores. En cuanto á los que no servían para las anteriores ocupaciones, hacía de ellos vendedores ó mercaderes ambulantes para difundir los libros heterodoxos por castillos, conventos y aldeas. Así fué como penetró el error en Alemania, en los Países Bajos, en Francia, en la Gran Bretaña, y por consecuencia, en América.

El calvinismo en Alemania. — Después de la muerte de Lutero sus discípulos se habían dividido, cayendo en exageraciones. Melancton hizo alianza con Calvino. La universidad de Wittemberg entró toda entera en esa vía y por algún tiempo triunfó el calvinismo en toda la Sajonia. Pero los doctores luteranos de Jena y de Sajonia Weimar reclamaron contra ese cambio, y acabaron por restablecer en su país el luteranismo, persiguiendo cruelmente á los que se negaban á volver á dicha doctrina.

El calvinismo en los Países Bajos. — El calvinismo tuvo mejor éxito en los Países Bajos. Esas provincias, que estaban sometidas al yugo español, deseaban hacerse independientes. Y para ponerse en oposición con Felipe II y Carlos V, defensores de la religión católica, los flamencos adoptaron el protestantismo. Así fué que la cuestión religiosa se complicó con la política, y el príncipe de Orange se puso al frente de los reformados porque vió en esa rebelión religiosa el medio de satisfacer su ambición personal.

Los gobernadores de los Países Bajos realizaron cuantos esfuerzos pudieron para resistir á los innovadores. Margarita de Parma fué reemplazada sucesivamente en esa difícil tarea por el duque de Alba, Requesens y Don Juan de Austria; pero esos hábiles generales fracasaron en su empresa. La república de las Provincias Unidas se formó con las siete regiones del norte: la Holanda, la Zelanda, Utrecht, Gueldre, Groninga, Frisia y Over-Yssel. Esas siete provincias abrazaron el calvinismo; las del sur, que luego han constituido la Bélgica, siguieron siendo católicas.

El calvinismo en Francia. — El luteranismo había penetrado en Francia desde su principio, y Francisco I tuvo que dictar medidas severas para detener sus progresos. Pero así que Calvino se estableció en Ginebra, mandó á Francia una multitud de predicadores y propagandistas que difundieron por todas partes sus doctrinas; formáronse asociaciones protestantes en Orleans, Ruan, Lyon, Angers, Poitiers, la Rochelle, que enviaron diputados á París, en 1559, para celebrar en esa ciudad su primer sínodo general, en el que formaron un credo calvinista, reglamentaron la organización presbiteriana de sus iglesias y decretaron pena de muerte contra todos los disidentes. Llamaron después en su ayuda á los protestantes alemanes, y quedaron así formando un Estado en el Estado.

El calvinismo en la Gran Bretaña. — Aunque Enrique VIII era cismático, había conservado los dogmas católicos, y hasta publicó en favor de ellos el *Estatuto de sangre*; pero bajo Eduardo VI, su sucesor,

los ministros abolieron ese documento, y adoptaron la mayor parte de los errores de Calvino. Cranmer, arzobispo de Cantorbery, publicó un nuevo catecismo, un nuevo ritual y un nuevo eucologio, para introducir en todos los libros religiosos la negación de la presencia real y alterar la doctrina católica relativa á los sacramentos. Las misas particulares fueron prohibidas y las iglesias privadas de las imágenes religiosas, permitiéndose además á los laicos la comunión bajo ambas especies.

En Escocia estaba sostenido el catolicismo por la influencia francesa, cuyos directores eran el cardenal Beaton, arzobispo de Saint-André y la reina María de Guisa, que se había casado con el rey Jacobo V. Por el contrario, el partido inglés favoreció la reforma y logró arrastrar á una fracción de la nobleza, mostrándole como cebo las riquezas del clero, de las cuales podría apoderarse si se hacía protestante.

Un predicador llamado Juan Knox, dotado de elocuencia popular, sublevó las masas, é hizo decretar por el parlamento que la misa era una idolatría, y que los que asistieran á ella verían confiscados sus bienes, ya que no se les condenase al destierro ó á muerte. Esos sectarios adoptaron el símbolo de Calvino, rechazando el episcopado y fundando el presbiterianismo, pues sólo aceptaban simples pastores. Luego aplicaron los mismos principios al orden civil, y llegaron al sistema de gobierno democrático.

Muerte de Calvino. — El calvinismo debía pasar de Inglaterra á la América del Norte; pero el jefe de la doctrina no fué testigo de ese nuevo progreso de su doctrina, pues murió en Ginebra en 1564. No contaba á la sazón más que cincuenticinco años; sin embargo había vivido lo bastante para ver las desastrosas consecuencias de sus errores. La guerra por él encendida abrasaba entonces toda la parte occidental de Europa. Pereció atacado por cruel enfermedad que lo llenó de desesperación.

§ II. — *Lutero y la reforma en Alemania.*

Nacimiento y primeros años de Lutero (1483-1517). — En un pequeño pueblo de la alta Sajonia

llamada Eisleben, nació el 10 de noviembre de 1483, hijo del pobre campesino Hans y de la criada Margarita, un niño á quien pusieron el nombre de Martín, y que fué más tarde el orgulloso Lutero. Cuando tuvo edad para ganarse la vida, abandonó á su familia con el morral á la espalda y el bastón del caminante en la mano, dirigiéndose á Magdeburgo. Desde allí marchó á Eisenach, en Turingia, cantando delante de las ventanas de los ricos para obtener así algunos socorros. Una mujer caritativa lo recogió y le procuró medios de ir á estudiar en la universidad de Erfurt. Un rayo que, cayendo cerca de él, mató á uno de sus condiscípulos, produjo tal impresión en el ánimo del joven que, abandonando el mundo, entró en un convento de agustinos. La reputación del nuevo fraile se extendió rápidamente por toda la Sajonia, y la universidad de Wittemberg le ofreció una cátedra de filosofía. Lutero aceptó con placer ese puesto, y se lanzó por la vía de las apasionadas discusiones, manifestando en todo las tendencias reformadoras de su espíritu inquieto y turbulento.

Predicación de las indulgencias (1516). — En eso estaban las cosas cuando León X publicó indulgencias universales, proponiéndose emplear las limosnas que produjesen en la terminación de la iglesia de San Pedro. Y como los dominicos fueran designados para predicarlas en Alemania, los agustinos les envidiaron ese honor, y la ira de Lutero se desató contra Juan Tetzel, jefe de aquéllos, á quien persiguió constantemente con sus sarcasmos. El apasionado monje atribuía á sus adversarios absurdos inimaginables, inflamaba con falsedades la imaginación de sus discípulos, y se consideraba feliz al ver que lo saludaban con respeto en las calles de Wittemberg, mientras que Tetzel era groseramente insultado.

Ruptura con Roma (1517). — Al principio, Lutero respetó el dogma de las indulgencias, y se declaró hijo sumiso y afectuoso de Roma y de la Iglesia. Más tarde seguía aún protestando en público de su afecto al soberano Pontífice cuando ya decía en secreto á sus confidentes que para él las indulgencias eran sólo una farsa digna de truhanes. León X, que no había conocido á Lutero más que por antecedentes que lo honraban,

pareció prestar por de pronto escasa atención á la tempestad que amenazaba. Sin embargo, así que reconoció por propio y personal examen de los escritos del monje sajón la realidad de los errores de que lo acusaban, mandó á Alemania al cardenal Cayetano, teólogo muy célebre, para lograr de Lutero completa retractación. Cayetano desempeñó el encargo con dignidad y grandeza, pero sin lograr nada. Como se imputara ese fracaso á la austera rigidez del cardenal, León X confió aquel ministerio de conciliación á Carlos de Miltitz cuyo carácter era conciliador, insinuante y flexible. El nuevo legado creyó por un momento que iba á triunfar; pero no tardó en comprender que había sido desgraciadamente víctima de los engaños del sectario.

Progresos del Luteranismo (1519-1520). — Después de burlarse de los dos legados que le enviara el papa, Lutero no pensó más que en dar prestigio á sus nuevas ideas, y entró en lucha con un doctor católico de Ingolstadt, el célebre Eckio. Leipzig fué el teatro de ese torneo teológico, y todo lo más distinguido de Alemania acudió á presenciarlo. Al cabo de largos debates en que los dos adversarios agotaron sus fuerzas, ambos campeones se retiraron, jactándose de su victoria. Pero la gloria que Lutero sacó de ese pretendido triunfo no tardó en eclipsarse bajo las múltiples condenaciones que sus doctrinas sufrieron en todas las grandes universidades. En su rabia, escribió á León X una carta insultante que acompañó de un libro titulado: *De libertate christiana*, y en el cual negaba el libre arbitrio, atacaba la justificación y destruía el mérito así como la necesidad de las buenas obras.

Condenación de Lutero (1520). — El soberano Pontífice abrió el Evangelio, leyó en él los anatemas lanzado merecidos por aquellos deplorables errores, y lanzó desde lo alto del Vaticano el rayo de la excomunión sobre su autor. La bula salió de Roma el 15 de junio de 1520, y fué á caer en Sajonia en medio de los sectarios aterrados. Pero Lutero no se desconcertó, antes bien echó mano de la burla y el sarcasmo para contestar al papa. De ese modo exasperó á sus discípulos y partidarios, y fué á quemar, acompañado por ellos,

la bula de León X y las decretales pontificias junto á la puerta oriental de Wittemberg (10 de octubre de 1520). La multitud aplaudió ese acto insolente, y se puso á danzar alrededor de la hoguera gritando : « ¡Viva Lutero! »

Dieta de Worms (1521). — El elector de Sajonia, que desempeñaba las funciones de vicario imperial durante el interregno, dejaba libre campo á esos excesos; pero cuando Carlos V fué elegido jefe de Alemania, quiso calmar los espíritus y citó al hereje en Worms. Lutero se apresuró á concluir el libro que se proponía comunicar á la nobleza para agitarla, y se dispuso á obedecer al emperador. Su amigo Jorge Spolatio quiso hacerlo cambiar de parecer y le recordó lo ocurrido con Juan Huss; pero el audaz monje replicó : « Iré á Worms, aunque haya allí tantos diablos como tejas tienen los techos de Wittemberg. » Ese era en efecto el paso más ventajoso para su causa que podía dar, puesto que así salía de su oscuridad y se transformaba súbitamente en potencia digna de preocupar á reyes y emperadores. Presentóse, pues, ante la augusta asamblea, reunida nada más que para oírlo, resistió á sus deseos, y pudo creerse, al abandonarla, más grande que ella, pues la había vencido con su obstinación. Carlos V lo condenó en nombre del imperio; pero el elector de Sajonia y varios otros príncipes alemanes lo defendieron, y el monje rebelde se halló desde entonces sostenido por un poderoso bando político.

Cautiverio de Wartburgo (1521-1522). — Al volver de Worms, el hereje fué prendido por orden de su protector Federico, quien temía que su entusiasmo fanático lo arrastrara á excesos demasiado grandes. Encerráronlo en el castillo de Wartburgo, y desde esa prisión, que él llamaba su isla de Pathmos, inundó la Alemania con sus escritos incendiarios y sus groseras injurias. De creerlo, el papa era el Antecristo, la Universidad de París la gran prostituta del Apocalipsis, sus doctores teologastros, asnos y papistas. Y como Enrique VIII refutara su libro *Del cautiverio de Babilonia*, el innovador le contestó en un libelo, llamándolo loco, insensato, el más sucio de los cerdos, y el más

burro de los burros. Esas insolencias constituían el deleite del bajo pueblo alemán. Mas, al dirigirse á las inteligencias elevadas, Lutero usaba lenguaje más grave y serio. A medida que la discusión se iba animando, el reformador negaba mayor número de dogmas católicos. Abolición de la confesión, de la misa, de la oración por los muertos, del culto de los santos, del sacramento del orden, de los votos monásticos, del ayuno, de la abstinencia, de la extremaunción; negación de las buenas obras y del libre arbitrio : tales eran los errores que Lutero enseñaba en aquella época, contrariamente á la fe de sus padres. Todas esas salvadoras doctrinas las había reemplazado por la impecabilidad del hombre, ó la fe justificante sin las obras, el matrimonio de los ministros del altar, el divorcio y la libertad de creencias.

División de los reformadores (1522-1524). — Esa libertad de creer y de pensar originó rápidamente la anarquía. Cuando Lutero hubo dicho á todos los fieles que podían interpretar según su parecer la Escritura, no tardaron en aparecer multitud de símbolos opuestos. Carlostadt, á quien Lutero llamaba su maestro en teología, se separó de él para destruir las imágenes, romper las estatuas, desgarrar los cuadros alusivos á escenas religiosas y negar la presencia real. Muncer y sus discípulos creyeron que todo el mundo necesitaba volver á ser bautizado, y se pusieron á predicar un nuevo bautismo : Osiandro y sus partidarios pretendieron que Dios no ha predestinado más que á sus elegidos; por fin todos defendieron su doctrina particular, declarándose mutuamente fuera de vías de salvación. Lutero condenó á Carlostadt, Carlostadt á Muncer y Muncer á Osiandro.

Dieta de Nuremberg (1524). — La reforma iba realizando progresos, á pesar de esas divisiones. El movimiento se había extendido desde la alta Sajonia á las provincias septentrionales, estableciéndose en los ducados de Luneburgo, de Brunswick y Mecklemburgo. La Pomerania, Magdeburgo, Bremen, Hamburgo, Weimar, Rostock y otras varias grandes ciudades habían acogido con ardor la protesta religiosa. Adriano VI había sido testigo de la protección pública que aquella